

Érase una vez SUCINA

El Lugar de Arteaga



Érase una vez
Sucina
El Lugar de Arteaga

Érase una vez Sucina

El Lugar de Arteaga



AYUNTAMIENTO DE MURCIA

ALCALDE PRESIDENTE

José Antonio Serrano Martínez

CONCEJAL DELEGADO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTES

Pedro José García Rex

JEFA SERVICIO DE CULTURA

Mercedes Hernández Martínez

JEFA DE DISTRITOS Y CENTROS CULTURALES

M^a José Planes García

JEFA DE SECCIÓN DE DISTRITOS Y CENTROS CULTURALES

Carmen Sánchez Jódar

COORDINACIÓN Y PRODUCCIÓN

María Catalina García Conesa

DIRECCIÓN Y ASESORAMIENTO HISTÓRICO

Gabriel Nicolás Vera

ILUSTRACIONES Y DISEÑO GRÁFICO

Pedro A. Rodríguez Hurtado

TEXTOS: Participantes del taller de patrimonio "Sucina Vida y Territorio"
(2018-2022). Centro Cultural de Sucina:

Teodoro Alcaraz Navarro
Francisco Avilés Buendía
José Manuel Galián Pastor
Francisca García Clemente
David García Rodríguez
Josefa Guillén Alcaraz
Ginés Inglés Sanmartín
Francisco Jiménez Sánchez
Juan Antonio López Iniesta
Aurelio Martínez Avilés
Ángeles Soto Rodríguez
Georgina O´Carroll
Michel Ponet
León Jacinto Sánchez Sánchez

EDICIÓN

Ayuntamiento de Murcia
Concejalía de Cultura, Turismo y Deportes

IMPRESIÓN

S.G.I.

DEPÓSITO LEGAL

MU 230-2023



Hijica, estoy muy cansada, ya te he dicho antes que iríamos al kiosco de Paca. Pero si llegamos y está cerrado, pues ya abrirá.

Abuela, por favor, ¡date prisa!

Sí, pero yo mientras tanto ¡sin mis chuches!



Anda, siéntate conmigo en este banco frente a la Iglesia. Después continuamos.

Bueno abuela, me sentaré un poco, pero ya sabes que otra vez...

¡vendré yo sola!



Cuando tus padres me dicen que cuide de ti, ya sabes lo que hago. ¡No dejarte sola ni un momento!

Vaaale...



¡Anda, mira, abuela! En la fachada de la iglesia hay como un cartel antiguo... una placa de piedra... ¡con algo escrito!

Y... ¿qué dice, nena?

Pues dice... "Se fundó y dotó esta Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Rosario por Don Baltasar Arteaga y Gamboa pres-bí-te-ro de esta ciudad de Murcia..."

Al final veo un número... año 1744".



¡Claro! 1744 es el que siempre se ha considerado como el año de nacimiento de Sucina y... ¡Don Baltasar Arteaga su fundador!



Ahora me lo explica. Esta plaza se llama Plaza de Arteaga. ¡Y mi colegio se llama también Arteaga!



Pues sí, al pasar los años, se ha reconocido que a este señor se le debía recordar siempre. Y qué mejor forma que la de dar su apellido a esta Plaza y al Colegio. Justo aquí, en este sitio donde nos encontramos y gracias a don Baltasar Arteaga, podríamos decir que empezó la historia de nuestro pueblo.



Murcia, 12 de septiembre de 1750.
don Baltasar Arteaga reposa en una
estancia de su casa. Se sabe al final
de la vida y, meditabundo, desvela su
vinculación emocional
con Sucina.

Ay, qué maltrecho y viejo me encuentro.. Mermada
tengo la vista, tembloroso el pulso, apagada la voz
y arrugada la piel. Intuyo cada día más cercano el momento de
entregar mi alma a Dios, para servirle en el Cielo como le he servido
en la Tierra. Y aquí quedará mi cuerpo, gastado de tantos años.
Siempre quise que me enterraran en el templo de mi querido barrio de
San Antolín, pero... pensado tengo que quizá pudiera terminar mejor
bajo el altar de la iglesia que yo mismo fundé, hace ahora seis
años, en la hacienda heredada de mis padres
y hermanos, en la Cañada de Sucina...



¡Oh, Sucina! ¿Qué te deparará
el destino? ¿Se harán realidad mis
deseos de formar allí un poblado?
¿Me recordarán las familias que
lo habiten algún día...?

¿Qué piensas tú, doncella? ¿porqué
no vienes y me haces compañía...?·



Ya voy, señor... estaba preparándole
la tisana de la tarde, con las hierbas
que trajimos de La Peraleja.

Gracias, mujer...
Pensando estaba,
precisamente, en
esa tierra.



¡Mmmm, qué bien sabe! A hinojos ya huele la alcoba tal si allí mismo estuviéramos, al cobijo de Altaona. Me parece ver el sol dorando sus cañadas y lomas... Y bendita su gente, que nunca se desprenderá de mis pensamientos ¡Volver quisiera, antes de morir!



Volveremos, don Baltasar. Espero que pasemos allí la fiesta de la Virgen del Rosario, como usted gusta. Para acortar la espera, haremos por salir por esta ciudad nuestra. ¡Están dejando Murcia como nueva!



Poco podré ver yo, con estos ojos averiados...


Pero de buena gana gozaría la vista con esa plaza que abrirán frente a la Catedral y al palacio que construye nuestro obispo.

Mire si está la cosa en un no parar, don Baltasar, que los maderos de los andamiajes que desmontan de un lugar los amontonan al pie de la torre, pues cuentan que pronto emprenderán las obras para recrecer el campanario.

¡Ya era hora! A la torre le falta aún la mitad. En alguna ocasión hablé de todos estos proyectos con mi eminentísimo cardenal Belluga, quien tanto bien hizo por esta tierra...



Cuánto aprendí de las ideas que trajo para evangelizar cualquier rincón de Murcia con tal de que no quedaran las haciendas yermas de vida.



Pero vamos a ver, abuela,
¿dónde vivía Baltasar Arteaga?
¿En Sucina o en Murcia?

¡En Murcia! En el barrio de San Antolín,
pero aquí tenía muchas propiedades y
una casa de recreo a la que venía por
temporadas... como de vacaciones, para
que me entiendas.

¡Pues hablas de él, como si
te lo hubieras cruzado por
el pueblo todos los días!

¡Oye, que yo no nací
en el siglo XVIII!

Con quien sí se cruzaría alguna vez don Baltasar
Arteaga es con grandes personajes de su época:
el Conde de Floridablanca, Francisco Salzillo...



¡Salzillo! Ese sí que lo conozco, lo hemos dado en clase, y hasta nos llevaron a su museo, en Murcia.
¡Vimos un Belén chulísimo!



Mira, pues ese Belén también tiene alguna relación con Sucina, o mejor dicho, con los que fueron sus dueños. ¿Sabes quién encargó a Salzillo las figuras, para exponerlas en su palacio?

¡No sé, abuela!
¿Quién?



Pues otra familia muy importante de esos años, los Riquelme... ¿te suena de algo el nombre?

¡Claro, de la Hacienda Riquelme!

¡Exacto! Has de saber que esa urbanización ocupa hoy los terrenos que antes fueron de los Riquelme, que también veraneaban por aquí, en una casa hermosísima que tenían... y que ahí sigue, en pie, de recia que es.



¡Madre mía, abuela! ¡Qué de historias sabes!
Pero no te vayas por las ramas y sígueme contando de don Baltasar...



Buenas tenga usted, escribano... y bienvenido a mi casa. Tome asiento, vuestra merced.

Buenas tardes, señor Arteaga

Del ayuntamiento me mandan, para tomar testimonio de sus voluntades. Veo aquí los pergaminos...



Así es, voluntades nuevas que suplementan lo que rubriqué años atrás. Mandé traer todo cuanto ya hay escrita.



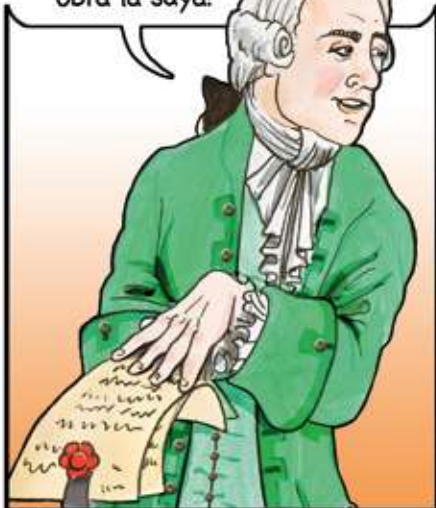
Esos papeles encierran un sueño mío...

¡el de crear un pueblo!

Todo empieza en una finca que poseo, llamada la Cañada de Sucina. Tiene un pozo y, junto a él, una casa y junto a ella, la ermita, dedicada a la Virgen del Rosario, mi advocación favorita. En mitad del inmenso campo, mucho me pesó siempre que los moradores dispersos por aquellos parajes no pudiesen asistir a misa. Mandé que en el templo se estableciese un capellán, para que en mi nombre auxiliara de forma cristiana a esas gentes, pastores, arrieros y caminantes que por allí han recalado siempre.



Debe ser lo que reflejan estas disposiciones, fechadas el 20 de septiembre de 1738. Un paraje en la ruta a las Salinas del Pinatar ¡Buena y sagrada obra la suya!



Y piadosa... ¡nunca quise que por aquello pagaran los fieles! De todo me he encargado como patrono, pues mejor fortuna deparó el destino a los Arteaga que a aquellas pobres gentes del campo. ¡Lea y verá!

Con 300 fanegas de tierra doté la capellanía. Y procuré que ni un ornamento faltara a aquella ermita: buen altar forrado en lienzo, cáliz y patena de plata, atril de nogal, candeleros, un Niño Jesús y una Cruz con su peana...



Veo aquí los lindes de la hacienda referida: Por el Este con las Cañadas de García; al Sur con La Peraleja y al Norte con el Alcor. Se le asigna un valor en propiedad de 30.000 reales y de renta anual 100 ducados. ¡Toda una suerte para este concejo...! Señor, ¿cuajaron sus desvelos?



¡Desde luego!

¡Qué hermosas las primeras misas! Ver llegar decenas de carros y a las gentes, ya fuera a pie o en mula, a la puerta de la ermita. Tantas eran que, enseguida, vislumbré oportuna y necesaria la creación en el lugar de una parroquia propia.



Sabe Dios que no bastaba con una pequeña capilla, sino de pila y templo hermoso desde el que administrar sacramentos, casar, dar sepultura... Las 300 fanegas serían suficientes. De las rentas y beneficios se harían 3 partes, una para construir la iglesia y 2 para el cura. Y gracias a esos ingresos, ya tenemos en Sucina la parroquia bendecida.

En efecto, aquí tengo el documento... una parroquia nueva segregada de Pacheco, San Javier y Santa María, creada el 22 de abril de 1744.



Entonces, abuela... ¿esta es la iglesia que construyó don Baltasar?

Buena... sí y no.

Era esta iglesia, pero aún no llegaba a ser tan grande. En vida de don Baltasar empezaron a construirla, pero solo la nave central, sin capillas, ni crucero, ni torre, ni nada... Tiempo después se fue ampliando hasta completar la que hoy tenemos, tan bonita.

Conforme fue creciendo el pueblo a su alrededor, hizo falta agrandarla, para acoger a todos los feligreses.

¿Y cómo dices que creció el pueblo? ¿es que también hizo Arteaga una urbanización?

Jajaja, algo parecido... Poco a poco se fueron ocupando las tierras que entregó don Baltasar a beneficio de la parroquia, alrededor de la iglesia... Pero bueno, esa tarea ya no la haría Arteaga en persona, que debía ser muy mayor, sino el primer párroco que tuvimos en Sucina.

¿Es que el primer párroco no fue don Baltasar?

¡Qué va! Ya te he dicho que era viejecico y, claro, no estaba para trotes. Tuvieron que nombrar a otro cura con más energía para semejante encargo... mmm... don Juan Rubio creo que se llamaba...

¡Ese nombre aparece también ahí escrito, en la placa de la fachada de la iglesia!

Pues ese... Fue él quien empezó el reparto de terrenos entre las familias que se quisieron venir a vivir aquí, trazándose las primeras calles partiendo de la plaza.



Y, no creas, que tampoco ocurrió todo de golpe, ¡ni mucho menos! Antes, hijica, los acontecimientos transcurrían muy lentamente y costaban un quintal.



Me llama la atención eso que dices que era gente de fuera la que se vino a vivir aquí, a Sucina... ¡un pueblo hecho por forasteros!



Forasteros entonces, sí, pero solo en el instante que llegaron. Hoy los consideramos nuestros antepasados. Las familias que han forjado el pueblo que somos.

La licencia para proceder al reparto de las tierras que componían la finca de Arteaga, donada para la creación de la capellanía y de la parroquia, se concedió el 13 de noviembre de 1744. Se inició tan solo tres días más tarde, poniéndose en marcha con ello el poblamiento del futuro pueblo de Sucina. En 1751 ya había varias familias asentadas, todas alrededor de la iglesia, y el templo tenía construida su nave principal y al menos dos de sus capillas laterales: la de San Pedro y la de Santa Ana.





¡Ah de la casa!
¿Hay alguien?



Buenos días le dé Dios, hija.
¿Qué le trae por aquí?



Me traen las nuevas que han llegado hasta El Jimenao, que de allí proceda. Se dice que andan repartiendo tierras en este lugar pa poder uno establecerse... Pregunto por don Juan Rubio, con quien me dicen que hay que tratar, y por las vestiduras de cura que lleva vuestra merced...



Si, yo soy... ¡el cura de Sucina! el primero que ha tenido esta flamante parroquia. A mí me encomendó don Baltasar, su fundador, organizar el nuevo poblado en su entorno.

Tarea que bien lleva, por lo que esfiso. Muchas son las casas que hay ya levantás... ¡y en tan poco tiempo!



¡Cierto es! Al conseguir el curato y tras los desvelos de don Baltasar, muchos feligreses quisieron hacerse con un solar de 20 varas en cuadro donde obrar casa.

No es exageración lo que zurre por ahí de lo que aquí se cuece...



Muy ventajosas y adecuadas, a mi juicio, son las condiciones establecidas.

¿Y cuáles son?
¡Que a eso vengo, señor cura, a enterarme!



Sabed que a quien tome solar para casa, se le darán por añadidura diez fanegas de tierra. Así, quien venga, dispondrá no sólo de techo para vivir... también de campo donde trabajar. A cambio, solo habrá de pagar cada año a la parroquia ochenta y ocho reales de vellón.



No pinta mal lo que escucho. Pero, la casa, ¿la obro yo?



Así es, la hace usted... y la deberá mantener siempre sólida y reparada; mandamos a maestros albañiles para que la reconozcan por si necesitara reparos.



Y siendo ya de uno la casa, ¿luego la puedo vender?

Si, pero manteniéndole siempre la carga establecida y donando a la parroquia la décima parte del valor. ¡Y lo mismo con la tierra! De querer vender la propiedad, se ha de informar antes que nadie a la parroquia, por si nos interesa recuperarla.



¿Y de quererlas partir, qué se dice, señor mosén?

Dividir no se puede, ni la tierra, ni el hogar, ni solar de los que se ceden. ¡Es tal la prohibición, que no se permite ni entre herederos!

¡Amén, que así sea!

¿Se le ofrece algo más?



Nada, padre, aclarado queda. Vislumbro en este pueblo nuevo de Arteaga, el futuro de los míos. ¡Bastantes penurias sufrimos allí de donde vengo! Andaba buscando un lugar, y quizá sea Sucina el sitio...

Abuela, ¿qué es eso de los reales de millón?

Aaah... ¿las pesetas?

Jajaja, de millón, no ¡Reales de vellón...! una moneda de antes.

¡Mucho más antigua! Yo ni la conocí...

¿Cómo puedes saber de todo eso tan antiguo? ¡Te lo estás inventando, abuela!

Que nooo... estas historias de antes se han explicado muchas veces en mi casa, desde que yo era pequeña, lo mismo que te las estoy contando ahora a ti.

Oye, ¿y sabes cuáles fueron las primeras casas que se hicieron?

A ver, ¿cuáles?

La primera que hubo fue la Casa Rectoral, la de don Baltasar, donde estuvo además la primitiva ermita... ocupaba todo ese lateral de la plaza. Es donde vivían los curas que ha tenido la parroquia. La tiraron de vieja que estaba... ¡imagínate!

Ahora es donde nos tomamos los granizados y los aperitivos.

¡Eso sí que lo vieron mis ojos!

¿Y la primera calle?

Me figuro que sería esta que pasa junto al campanario, la calle de San Pedro.



¡Vaaaya! ¿Y qué más?
¡Cuéntame más cambios!

Como sé que te gustan tanto las historias de miedo del Jiligüín...

Tajaja... ¡Halloween, abuela!



¡Eso, Jiligüín! donde estamos, cada vez que se excava, salen huesos de difuntos enterrados aquí mismo, desde cuando se fundó el pueblo. El cementerio estaba alrededor de la iglesia, como era costumbre entonces.

Huesos de muertos...



Al agrandar la iglesia y viendo que enterrar difuntos tan cerca de las viviendas era poco saludable, se decidió trasladar el cementerio al lugar que tiene actualmente.



A veces pienso en la de personas que habrán disfrutado de la vida en este mismo espacio, desde 1744. Oye, ¡hasta me emociono! Cuántas historias... no hay sucinero que no tenga recuerdos bonitos en este lugar.

No hables en pasado, abuela, que no ha cambiado tanto la cosa. Todavía seguimos quedando aquí. Y todas las fiestas y grandes acontecimientos aún se celebran en ella, en el corazón de Sucina.



¡En la Plaza de Arteaga!





La fundación de la parroquia de Sucina tuvo lugar en el año 1744, cumpliéndose con ello los deseos de don Baltasar Arteaga, el presbítero murciano propietario en aquel tiempo de los terrenos donde se enclava la localidad. Hasta entonces, los pobladores de la llamada Cañada de Sucina se repartían en caseríos dispersos y, en lo eclesiástico, dependían de las distantes parroquias de San Javier, Torre Pacheco y Santa María (Catedral de Murcia). Pero Arteaga no quiso ofrecer únicamente a las gentes campesinas un lugar para el culto, en el que recibir los sacramentos, sino también configurar un núcleo en su entorno que sirviera de referencia urbana en mitad de aquellas lomas surcadas por caminos y veredas. Así, a la creación y construcción de la parroquia se aparejó el reparto de solares entre colonos llegados de diversos lugares de la comarca para que edificaran sus viviendas, trazándose de este modo las más primitivas calles que hoy dibujan el viario sucinero. El primer párroco asignado al nuevo templo, don Juan Rubio, fue el encargado de velar por todo ello y bajo su administración se iría haciendo realidad el sueño del anciano sacerdote don Baltasar: el nacimiento mismo del pueblo de Sucina.

Desde el Taller de Patrimonio "Vida y Territorio" del Centro Cultural de Sucina, coincidiendo con el 275 aniversario del acontecimiento, en 2019 rescatamos documentos antiguos de aquella época e hilvanamos el proceso de la fundación hasta darle forma de guion de radio-teatro... un episodio esencial de la historia local que ahora adaptamos en formato cómic para disfrute de todos los públicos.



Ayuntamiento
de Murcia



ENCLAVE CULTURA

